



SUNLIGHT

P. Franciscana

SUNLIGHT



Primera edición: agosto de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© P. Franciscana

ISBN: 978-84-18366-54-3

ISBN digital: 978-84-18366-55-0

Depósito legal: M-19832-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Ignacio y mi familia.
También agradezco inmensamente el apoyo de mis lectores
de Wattpad y a Nay Saber, por la hermosa portada.*

Índice

Prólogo.....	11
Capítulo 1: Catwell	13
Capítulo 2: Secretos.....	19
Capítulo 3: Incendio.....	25
Capítulo 4: Fuego	31
Capítulo 5: Prófugos	37
Capítulo 6: El Bosque de la Oscuridad	43
Capítulo 7: Muerte.....	49
Capítulo 8: Huir	57
Capítulo 9: Calwen	63
Capítulo 10: Hilary y Robert.....	69
Capítulo 11: La vida en la ciudad	75
Capítulo 12: El templo del Sol.....	81
Capítulo 13: Simon.....	89
Capítulo 14: La leyenda del Sol	95
Capítulo 15: Regreso	103
Capítulo 16: Alerta	109
Capítulo 17: Poderes	115
Capítulo 18: Captura	119
Capítulo 19: Prisión.....	125
Capítulo 20: Mafera.....	133
Capítulo 21: El trato.....	141
Capítulo 22: Ejecución.....	149
Capítulo 23: El hijo de la Luna.....	153
Capítulo 24: La sombra en la luz.....	159

Prólogo

Se rumoreaba que Catwell solía ser un lugar alegre. Un lugar en el que quien gobernaba era Miwa, y Mafera no era más que una simple y resentida sirvienta en el palacio. Se decía, además, que había algo extraordinario y misterioso en los habitantes de este lugar, un secreto al que muchos habían tratado de encontrar una explicación sin éxito. Al parecer, el mismísimo Sol —por alguna razón— favorecía a ese pueblo. Les otorgaba a sus habitantes, incluso antes de que nacieran, su regalo más preciado: sus propios rayos.

Muchos codiciaban este regalo, y lo que recibirlo implicaba. Esta llama, que se plantaba en los corazones de los ciudadanos, les brindaba la habilidad de manipular el fuego a su antojo. Además, quienes lo poseían eran, por algún motivo, personas más alegres y enérgicas.

Miwa, la monarca entonces, había mantenido la paz en el reino durante mucho tiempo, enfrentando la arrogancia de los pueblos vecinos, que querían expandirse. Ella no prejuizaba a las personas, trataba a todos como iguales, sin importar sus riquezas, lo que le había hecho ganar el corazón de los habitantes. Miwa era fuente de juventud y belleza para todos, y resplandecía como el Sol. Algunos decían que esto se debía a que el astro rey le había otorgado su rayo más grande y resplandeciente; otros opinaban que ella podía ser la propia hija del Sol encarnada, lo que podría fácilmente explicar el favoritismo del astro hacia ellos.

Por su parte, Mafera, hija de dos campesinos muy pobres y humildes, buscaba algo más en su vida que la servidumbre. Para desdicha suya, las cosas nunca le fueron sencillas y sufría cons-

tantes burlas por un simple hecho: no portar un rayo de Sol. Era notorio que envidiaba a la reina, pero lo que nadie sabía era que esos sentimientos oscuros no eran cosa pasajera, ni mucho menos cosa de niños. El odio de Mafera se fue alimentando con los años, hasta que culminó con una atrocidad que nunca nadie supo. Lo único que el pueblo comprendió era que se trataba de algo imperdonable, tanto que la mismísima Miwa se vio obligada a desterrarla para siempre.

Entonces todo pareció volver a la normalidad, pero no todo es felicidad en el mundo. Después de algunos años, durante una noche fría en la que la paz reinaba por última vez, Mafera regresó. Para la mañana siguiente, Miwa yacía en sus aposentos, muerta.

Esa misma noche, en tan solo unos minutos, Mafera se llevó todo lo que tenía Catwell: su felicidad, su reina y sus rayos. Con un poder que contrarrestaba a los del Sol, Mafera invadió el reino y congeló todos los corazones de los habitantes, extinguiendo así sus chispas internas.

Desde aquel terrible día, Mafera se transformó en una tirana. Se autoproclamó reina de Catwell y gobernó con mano dura y suma crueldad, castigando a todo aquel que no obedeciera sus órdenes. Los pueblerinos poco a poco perdieron la esperanza de que alguien aún poseyera al menos una gota de la magia del Sol en su corazón, anhelaban que Mafera hubiera desconocido la existencia de alguien más: un bebé, alguien que los ayudara. Al ver que nada ocurría, todos dejaron de buscar un milagro y aceptaron esa vida de esclavos que la nueva reina les ofrecía. En Catwell, el Sol ya no brillaba, y pronto se olvidaron los tiempos gloriosos. El invierno prevalecería para siempre sin importar qué.

Capítulo 1: Catwell

—Y entonces, los bandidos atacaron al príncipe Felipe en medio del bosque y le robaron todas sus cosas: su dinero, su ropa y sus armas —finalicé mi exposición con entusiasmo, ocultando que lo había leído todo de un libro. Esperaba que todos mis compañeros de clase reaccionaran con esta historia repleta de acción y aventura, pero no fue así. Sus rostros se veían de ese color grisáceo de siempre, totalmente inexpresivos. Incluso daba la impresión de que estaban aburridos. Algunos miraban sus celulares, otros dormían en sus bancos, o dibujaban. Yo me preguntaba qué era exactamente lo que había intentado lograr; todas las personas de Catwell, conocidas y desconocidas, eran así, siempre lo habían sido. Sus ojos eran de color gris y sus rostros siempre mostraban la misma expresión de miseria, cansancio, aburrimiento y tristeza. ¿Por qué hubiera sido distinto esta vez? ¿Cómo podrían ser felices?

La vida siempre había sido aburrida en este pueblo: los niños no jugaban, los adultos nunca pasaban tiempo con sus hijos; la gente no era amable y prefería no hablar demasiado. Todos hacían la misma rutina día tras día. La nieve caía constantemente. El frío nos azotaba desde que tengo memoria y las ventiscas eran terribles. En varias ocasiones había oído hablar a mi madre sobre algo llamado Sol, algo que, según ella, había sido fuente de calor, y todos los días yo me preguntaba qué había pasado con Él. Todo lo que tenía en mi armario eran abrigos de todos los diseños y colores existentes. Cuando era pequeña, mi madre no solía dejarme

salir de casa. Decía que nosotras teníamos algo que los demás no. Algo que los demás considerarían odioso.

Una vez que comencé a ir a la escuela y a juntarme con otros niños, entendí a qué se refería. Yo hablaba demasiado y no de la misma forma monótona con la que hablaban mis compañeros: los aturdía y cansaba. Era demasiado energética y mi piel no era de ese color grisáceo, tenía color, al igual que mi cabello y mis ojos. En otras palabras, era distinta, singular, no solo mental sino físicamente. Siempre me pregunté por qué. Tenía una especie de brillo que nadie más portaba, excepto mi madre.

Miré hacia el escritorio del profesor esperando a que me pusiera una calificación. El silencio había invadido el salón desde hacía unos segundos y estaba comenzando a sentirme incómoda. Las miradas penetrantes y oscuras de mis compañeros se encontraban clavadas en mí, así que comencé a frotar mis manos entre sí.

—Señorita Ridgestone, su historia fue un tanto... singular — comentó el profesor Tinston tras haberme observado por unos minutos. Él era el profesor de Literatura, aunque mucho no se hacía en su materia, puesto que hacía ya unos años la reina había prohibido los libros. Incluso había quemado todos los existentes en una hoguera. Mi madre había logrado esconder unos cuantos para que yo pudiera disfrutarlos algún día, desafiando así la autoidad de Mafera.

—¿Por qué los quemaron? —le había preguntado a ella en varias ocasiones.

—Los libros son fuente de información, de esperanza. Ella quiere que seamos ignorantes, que no nos hagamos preguntas, así nadie tendría ni la fuerza ni el ánimo para levantarse en su contra —me explicó mi mamá una noche, cuando nos encontrábamos sentadas frente a la chimenea de nuestra pequeña y humilde casa.

Por esa falta de libros, cuando contábamos una historia en la clase de Literatura, debíamos crearla en el momento, con nuestra propia imaginación, algo de lo que carecían muchos estudiantes. Normalmente, recitaban poemas tristes que hablaban de la mise-

ría y otras cosas deprimentes. Más de una vez me quedé dormida mientras esto ocurría: era demasiado aturdidor para mis oídos. Yo parecía ser la única persona que realmente sabía el significado de la verdadera diversión.

—Yo preferiría llamarlo «emocionante y original», señor Tinston —le dije incrédula.

—Como sea, regrese a su pupitre, y por favor no moleste —me dijo él apuntando hacia un asiento vacío al final de la sala.

—¿Y mi nota? —pregunté.

—Ya se enterará algún día...

Solían ubicarme atrás de todo, no porque hablara mucho o me portara mal, sino porque el simple hecho de verme fastidiaba a mis maestros. No me quejaba. De hecho, desde mi asiento podía ver a través de la ventana, algo que me quedaba haciendo con mucha frecuencia. Veía cómo los copos de nieve se deslizaban a través de las hojas de los árboles y trataba de imaginar el Catwell del que mi mamá solía hablar. Decía que el cielo era azul y que había flores por todos lados, en especial durante la primavera, que desde hace tiempo no existía.

Me abrí paso entre mis compañeros y tomé mi asiento habitual. Solo quedaban diez minutos para el recreo, y lo esperaba con ansias porque era ahí cuando podía hacer lo que quisiera. Si pudiera, habría traído uno de los libros de casa para leer, pero era bien sabido que quien fuera descubierto con un libro en la mano sería llevado ante la corte y, luego, flagelado. Por si fuera poco, al terminar la tortura, quemarían el libro, así que no era una buena opción.

Al oír la campana, ninguno de los demás estudiantes se movió. Para ellos, el recreo era algo absurdo, un desperdicio de tiempo. Tal vez en realidad se aburrían porque no tenían nada que hacer durante esos minutos, pero yo sí.

Corrí a través de los extensos y laberínticos pasillos que, vale la pena mencionar, eran de color gris oscuro, hasta llegar al baño de damas. Me miré al gran espejo. Mi cabello, largo, ondulado y de un color marrón rojizo se encontraba levemente despeinado. Tengo

ojos marrones grandes y penetrantes, pero cálidos a la vez. Mis mejillas se encontraban rosadas por el frío, y el resto de mi cuerpo estaba cubierto por un sobretodo negro. Tenía una bufanda alrededor de mi cuello y unas botas de invierno, y aún así sentía frío. A veces se hacía tan insoportable que mi madre insistía en que me quedara en casa junto al fuego.

Yo no tenía padre, él había muerto la misma noche que Miwa, tratando de esconder a mi madre de Mafera, y por lo visto lo había logrado. Yo no lo recuerdo, estaba en el vientre de mi madre cuando eso ocurrió, pero estoy segura de que mi padre era un buen hombre y que nos amaba muchísimo. Sonreí al pensar en cuánto me hubiera gustado conocerlo.

Salí de allí para encontrarme con Jenna, quien tenía mi misma edad; su cabello era de color negro, al igual que el de todos los demás. Se encontraba frente a su casillero tomando lentamente algunos libros para la próxima clase. Demasiado lentamente; me irritaba. Las personas parecían robots: no parecían tener el más mínimo deseo de vivir, ni un corazón latiendo en sus pechos.

—Hola, Jenna —saludé agitando mi brazo de un lado a otro con ímpetu.

—Rachel —me nombró ella con fastidio.

—¿Quieres que te ayude con eso? —pregunté, pero pareció no comprender mi propuesta en un principio y se quedó allí plantada, como si su mente estuviera procesando mis palabras.

—No —contestó secamente.

—Bueno, entonces déjame al menos ayudarte a cargar los cuadernos —le dije nerviosa.

Nuevamente la escena se repitió.

—No —respondió dándose media vuelta y regresó a su clase. Solté un extenso bufido, era realmente imposible conseguir un amigo en un lugar así.

Regresé a mi hogar caminando, pues no había forma de hacerlo en coche. La nieve tenía al menos cinco centímetros de profundidad y era demasiado difícil caminar. De vez en cuando, un poco

se escabullía dentro de mis botas y mojaba mis medias. Resbalé más de una vez en el camino y cuando llegué estaba temblando: me encontraba empapada de pies a cabeza. Mamá, que se había asomado desde la cocina al oír la puerta abrirse, me contempló con preocupación y corrió a mi encuentro.

—Hija, ¿qué te has hecho? Te pescarás un resfriado, y luego empeorarás. Sabes que mucha gente muere de frío aquí. Ojalá que eso no te pase...

—Mamá, estoy bien. Unos minutos junto al fuego y estaré como nueva —le aseguré tartamudeando.

Ella se retiró por la puerta de la que había salido, y a los pocos segundos regresó con una manta en la mano. Yo ya me encontraba sentada junto a la chimenea. Sentía el intenso calor recorrer mi cuerpo desde la yema de mis dedos hasta mis pies, y en pocos minutos me encontraba perfecta, como si jamás hubiera salido de casa.

—¿Cómo te fue en la escuela? —preguntó mamá. Permanecí en silencio durante unos segundos, pensando y escogiendo cuidadosamente las palabras que pronunciaría.

—Como siempre —respondí con un toque de tristeza. Ella me miró apenada entendiendo a la perfección lo que le estaba tratando de decir. Noté que su sonrisa se había transformado en una mueca.

—Eso no es bueno —apuntó ella.

—Pero no siempre tiene que ser algo malo —opiné a la vez.

Ella soltó un largo y prolongado suspiro para luego abrazarme.

—Mamá, ¿cómo era Catwell antes de Mafera? —pregunté esperando que me volviera a contar esas historias maravillosas en las que todo era felicidad y paz. Escucharlas de vez en cuando me daba esperanza y luz.

—Tú sabes exactamente cómo era...

Su respuesta me tomó desprevenida. Ella siempre había disfrutado relatándome esas historias. Pero por alguna razón, ahora se estaba negando; tal vez había tenido un mal día.

Luego, la oscuridad se asomó sobre nuestra ventana llenándome de pensamientos grises.

—¿Crees que alguna vez volveremos a ver el Sol? —pregunté asustada.

—Claro que sí. Él regresará por nosotros, Él nos buscará —me aseguró. Parecía creer firmemente en sus palabras, pero al mirarla a los ojos pude notar duda en lo más profundo de su alma. Y eso me inquietaba. Yo creía que éramos las últimas dos personas de Cawtwell que aún no habían perdido la esperanza, pero cada día podía sentir cómo se iba escurriendo lentamente a través de mis manos.

—No lo creo. Mafera es demasiado poderosa. No hay poder que iguale al suyo —le mascullé desesperada.

—Veo lo que está pasando... estás perdiendo la fe, la esperanza. No lo hagas. Eso es lo que ella quiere. Quiere destruirla, ¿y sabes por qué? Porque es un arma poderosa —aseguró ella.

—Entonces tú realmente crees que hay algo más poderoso que Mafera —aclaré.

—Sí. Los rayos del Sol. La única fuente de energía que puede vencerla —me aseguró. Yo quería creer en lo que mi madre decía, pero era algo prácticamente imposible. Tales poderes no podían existir.

—Pero si esos rayos existieron, ya están extintos —le recordé.

—Ahí es donde te equivocas, hija mía. Eso es lo que Mafera quiere que creamos, pero no es la verdad.

—Entonces, ¿quién los tiene? —pregunté angustiada.

—Pues, a veces, creo que veo a esa persona todos los días —me dijo. Abrí mis ojos sorprendida. ¿De quién hablaba? ¿Quién podría cargar con tal poder?

—Mafera reinará para siempre —comenté angustiada.

—Oh, no, Rachel. Esa es la mentira más grande que has dicho. Créeme cuando te digo que su reinado está llegando a su fin.